

La Fundación Canal se rinde al arte en vertical

La exposición «El bosque de esculturas. La colección de Simon Spierer» echa raíces en Madrid con 39 piezas de incalculable valor, exponentes de las principales corrientes artísticas del siglo XX

POR ITZIAR REYERO

MADRID. Perderse en el bosque es para muchos una pesadilla recurrente, un mal trago. Sin embargo, en ocasiones puede convertirse en una experiencia maravillosa, un sueño de los que sí se cumplen. Sobre todo si se trata de un «bosque de esculturas» tan extraordinario como el que encierra la Fundación Canal. Un conjunto de 39 singularísimas «especies» de bronce, acero, hierro y madera, con piezas de Brancusi, Julio González, Giacometti, Max Ernst o Henry Moore.

Las obras, de incalculable valor, fueron reunidas por el coleccionista de arte Simon Spierer, un comerciante de tabaco de origen italiano poseedor de una de las colecciones privadas de escultura del siglo XX más espectaculares del mundo. Seducido por las líneas erguidas, los torsos y los tótems, Spierer logró reunir una serie escultórica sublime. Su obsesión: la verticalidad sin límites. Estupendas muestras de las principales corrientes artísticas del siglo pasado, con obras que abarcan desde el cubismo al surrealismo, el arte abstracto, el cinético o los nuevos realismos.

De la tierra al cielo

La exposición, abierta al público desde ayer y hasta el próximo 26 de julio, es toda una invitación a recorrer la naturaleza virgen del arte. Una «Daphné» (1937) en bronce de Julio González —en plena metamorfosis vegetal— nos abre el camino entre la frondosidad de la sala principal. Una vez allí, las esculturas —finas y esbeltas— se hacen bosque. No faltan los elementos reales y fantásticos que lo habitan: árboles, flores, seres de fábula... A un lado de la habitación un ave

de bronce pulido inicia el vuelo de la tierra al cielo. Es «El pájaro en el espacio» (1927) de Constantin Brancusi. Ya tenemos a los dos padres de la escultura moderna.

El paseo continúa entre una amalgama de entidades tan perfectamente alineadas y tan verticales que le entran a uno ganas de tocar el cielo con la punta de los dedos. En el camino nos asaltan las sombras de suntuosas figuras, como la mujer «semi descabezada» (1938) de Max Ernst, el torso agujereado del «Panda-rus» (1964) de Armitage, o ese cuerpo femenino y fértil de Moore.

Hijos del viento

Como toda naturaleza viva, las piezas de la exposición están en pleno movimiento. En ocasiones es el viento, como en la obra del zamorano Baltasar Lobo «Face au vent» (1977), el que mueve sus formas sensuales y rotundas. Ese mismo esfuerzo por adaptarse al espacio se intuye en el junco de hierro del griego Vas-sikakis Takis, de 1955. O a veces son las propias leyes de la naturaleza las que animan a cambiar de estado, como en la pieza de Jean-Louis Perrot (1998), en la que vemos una rama a punto de troncharse; o como en el trabajo reciente de Laurent De Pury, amigo de Spierer. Elaborado en madera, tres ramas de un árbol se abrazan naturalmente sin temor al qué dirán. El mecenas, residente en Ginebra, donó su colección al Hessischen Landesmuseum de Darmstadt, Alemania. Una reforma en el museo ha facilitado su llegada a Madrid.

Imagen de «Face au vent» (1977), de Baltasar Lobo

